

La más larga y reciente va de 1954 a 1989, treinta y cinco largos años. La ejerce un general *colorado*, un hombre cuyo propio apellido, onomatopéyicamente, suena ya a dictadura feroz: Stroessner. Alfredo Stroessner.

Apoyándose en el ejército, la policía, un amplio sector funcionarial y una emergente clase media, Stroessner campa a sus anchas sobre un sistema constitucional continuamente conculcado con sucedáneos democratizantes que no engañan a nadie. Claro que no dejó de contar con elementos opositores: guerrillas a principios de los sesenta, problemas con la Iglesia, denuncias exteriores, etc.

En 1989 es su propio consuegro, el general Andrés Rodríguez, quien dando un teatral golpe de mano derroca al dictador y se compromete formalmente a llevar el país a la democracia.

Con ello se inicia una transición que va abriendo el país a las libertades. Los presos políticos salen de las cárceles y la prensa se expresa con toda claridad y contundencia.

Paraguay requiere la ayuda de España, experta en estos tragos: en los programas de cooperación bilateral hay un destacado componente referido al reforzamiento de las instituciones.

Dos hechos me hacen percibir, a través de la televisión que veo en mi habitación del hotel *Guaraní*, que las cosas están marchando en la dirección adecuada. Por una parte, una escalofriante entrevista con un ex-presos político que puede contar, con pelos y señales, sin ninguna limitación a su libertad de expresión, las perrerías a que fue sometido. Por otra, la campaña para la inscripción en el censo electoral que se está estableciendo, con el mayor rigor posible, para dar credibilidad y garantía a los resultados de las próximas elecciones municipales. Entre quienes acuden a inscribirse en tiempo y forma, se reparten boletos para el sorteo de un automóvil.

La democratización es deseada. En ella se ve el salto definitivo hacia la normalización de un país al que, por largo tiempo, le ha sido negada y que, sin sombra de duda alguna, la merece.

La ayuda española para las restauraciones —uno de los más acreditados programas para el Quinto Centenario— ha comprometido sus recursos, en Paraguay, en dos acciones principales: las reducciones jesuíticas, antes mencionadas, y el centro histórico de Asunción.

Con respecto a éste, se ha recuperado y rehabilitado una manzana que, con toda justicia, puede recibir el calificativo de emblemática, tan utilizado en la jerga quingentenaria: se trata de aquella en que se ubica la casa Viola, uno de los escasísimos ejemplos de lo que fue la arquitectura colonial; ya que todos los demás fueron suprimidos por la pertinaz piqueta de un Rodríguez de Francia empeñado en hacer honor a su segundo apellido, para dotar a la capital de un decidido aire metropolitano.

La casa Viola, situada en un lugar privilegiado, a un paso del Palacio de Gobierno —de absoluto aire *louvreco*— del Congreso y de la Catedral, será llamada, una vez completada su restauración, a destinos culturales que riman a la perfección con su emplazamiento, su historia y su simbolismo.

La visitamos un atardecer, entre dos luces, cuando el centro de la capital empieza a respirar una reconfortante tranquilidad. Un vecino que nos ve rondando las obras nos invita a subir a su piso, desde cuyo balcón se comprende mejor la envidia de la reforma y nos muestra su orgullo de que un hito histórico capitalino sea protegido y mimado.

El programa de reconstrucción ha dado pie a la creación de una Oficina de Rehabilitación del centro histórico, con un ambicioso programa por delante, entre cuyas acciones destaca la de una mejor integración del río en el entorno ciudadano.

Pese a que el río Paraguay sirve de telón de fondo al conjunto monumental que acoge a los poderes, la ciudad vive de espaldas a su curso. Incluso se interpone entre ambos una zona deprimida, conocida como las *viviendas temporarias*, que crean una verdadera barrera urbanística, difícil de franquear. Es una pena. El margen del río permitiría un precioso paseo de terrazas a su vera que, maridándolo con la ciudad, realzaría la belleza de ambos.

Para disfrutar del río —un río de verdad, americano— hay que acercarse al hotel del Yacht y Golf Club Paraguay. Su nombre da ya una idea de la magnificencia del lugar.

El río está aquí sembrado de islas e islotes; juega a los recovecos e incita a ser surcado.

Probamos el *surubí*, un succulento pescado fluvial que se prepara de mil maneras y caímos en la tentación de una pantagruélica parrillada completa, con lomo, lomito y chorizo; culminándolo con un aguardiente de caña y *tereré*, una especie de mate frío, aderezado con hierbas digestivas.

En uno de los pocos paréntesis que siempre he querido ser capaz de introducir en mis viajes de servicio, me escapo, con José Manuel López Barrón, a visitar el Museo del Barro.

Está a las afueras de Asunción, en una calle en obras en la que una máquina asfalta-dora acaba de asesinar un noble ficus que obstaculizaba su frenético vaivén. Un personaje vela, desolado, al árbol caído: es Carlos Colombino, arquitecto, pintor y creador del Museo.

Colombiano es un renacentista. Su sensibilidad le ha llevado no sólo a acumular una prodigiosa colección de arte, en la que destacan sus propias creaciones, sino también a ponerla a disposición de su pueblo, en ese museo que él mismo ha diseñado. En él reúne arte popular, básicamente la cerámica que le da nombre; arte religioso, con una impresionante colección de tallas; y arte contemporáneo, fundamentalmente pintura.

Hablamos largamente de una cuestión clave para entender el arte paraguayo actual, como lo fue para entender el español de hace una década: de cómo las artes plásticas pueden funcionar en una dictadura, haciendo que las fronteras entre abstracto y realismo sean ténues y permeables. Nos despedimos con el deseo de que nunca llegue a ser verdad aquello de que contra Stroessner se pintaba mejor...

Una de las cuestiones que Paraguay debe solucionar con cierta premura es la de la reconversión de su estructura económica. Pese a que su deuda exterior no es exce-

siva, el gobierno democrático deberá proceder a ajustes de fondo que requerirán un notable esfuerzo por parte de amplios sectores poblacionales.

Uno de los mayores desafíos consistiría en la supresión del contrabando como recurso relevante de la economía nacional; sobre todo en el marco de un mercado integrado. Sólo dos ejemplo al respecto:

Uno de ellos es Ciudad del Este, hasta la caída del dictador, Ciudad Presidente Stroessner. Las guías turísticas la describen como la mayor tienda de América y la que cierra más tarde por la noche: un verdadero paraíso artificial para el mercadeo de electrodomésticos, perfumes, relojes, equipos de sonido, etc. Una suerte de espectacular *tax free shop* donde, encima, se practica un implacable regateo.

Otro sería el sistema bancario, con tipos de interés diarios elevadísimos. En el vuelo que nos trae de Buenos Aires viaja un rebaño de ejecutivos argentinos, con maletín de negocios como único equipaje. Al llegar a Asunción se precipitan hacia las ventanillas de los bancos del aeropuerto. Ingresan la mercancía monetaria y se vuelven, sin ni siquiera salir del salón de tránsitos, en el mismo avión. Es una forma de jugarse el tipo (excúsenme el fácil juego de palabras), aunque parecen hacerlo con todas las ventajas.

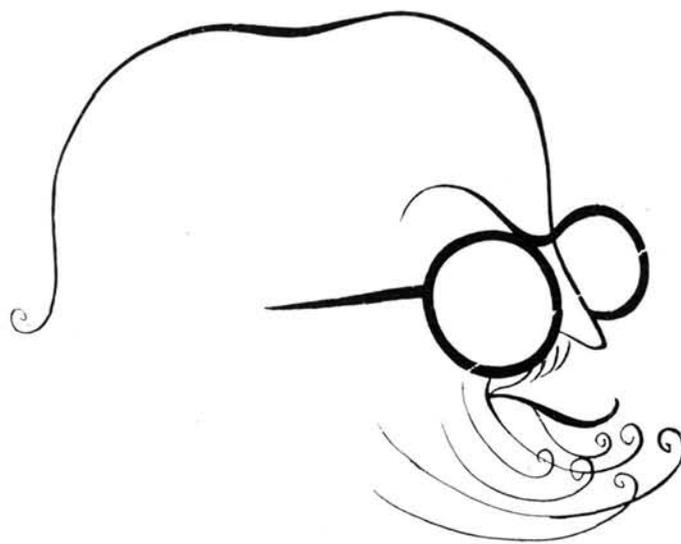
Nos vamos de Asunción. La calle que lleva al aeropuerto tiene un nombre que nos resulta familiar: Avenida del Generalísimo Franco. Es como si el tiempo se hubiera parado. Espero que no por mucho más...

Delfín Colomé





Juan Larrea, León Felipe;
detrás de éste, Leopoldo
Zea, actual director de
Cuadernos Americanos; y
al fondo, a la derecha,
Eugenio Imaz.
(México, 1942)



Caricatura de León
Felipe hecha por
Eduardo Robles Piquer,
«Ras», en México (1959).